

Narciso ¿era narcisista? O del amor imposible¹



DANIEL GIL²

PARA UNA DISCUSIÓN DEL CONCEPTO DE NARCISISMO

Narciso es un sujeto que goza de mala fama y, como Sade y Sacher-Masoch, su nombre ha servido para denominar trastornos psicopatológicos, y su adjetivación no deja de arrastrar un sentido ético peyorativo.

Con el mito de Narciso ha sucedido que al leer su historia se ha caído en la misma trampa, el mismo error, el mismo engaño, en cuyas redes él sucumbió. Narciso —como nosotros— ha creído que se amaba a sí mismo, cuando, en realidad, amaba a otro.

He ahí el drama de Narciso y —¿por qué no?— de todos los seres humanos.

El mismo Freud, que dio pautas para pensarlo de otra manera, llegó a afirmar que el narcisismo era a las pulsiones sexuales lo que el egoísmo a las pulsiones del yo. Y este tipo de afirmaciones —ya lo sabemos— no está exento de implicancias morales.

En este texto, que se enmarca en una serie de reflexiones sobre el yo y la identificación primaria, intento releer el mito de Narciso según Ovidio, hacer su rehabilitación y abrir una conceptualización diferente del yo y

1 Texto publicado en *Antiguos crímenes. Edipo, Narciso, Caín*. Montevideo: Trilce, 1994. Versión corregida para *Revista Uruguaya de Psicoanálisis* n.º 119, Octubre de 2014.

2 Médico. Psicoanalista. danielgilquinteros@gmail.com

del narcisismo. Con ello no pretendo más que recuperar esa dimensión humana, demasiado humana, relacionada con la indefensión y la angustia ante la amenaza de la pérdida del amor.

Propongo, pues, un desarrollo sobre el concepto del yo y el narcisismo a partir de una redefinición de la identificación primaria cuyos elementos teóricos esenciales expuse en mi trabajo «El yo y la identificación primaria» (Gil, 1995).

La idea central es pensar la patología previa a la instalación del complejo de Edipo como una falla en la identificación primaria, conceptualizar esta no como un movimiento único y unidireccional del niño hacia los padres, tal como planteara Freud, sino como el desarrollo de una estructura compleja de encuentros e influencias entre el niño y los padres. Allí establecía que: «Para nosotros la identificación primaria sería un amplio y complejo movimiento estructural donde se interrelacionan aspectos de la maduración neurofisiológica, deseos, vivencias, acontecimientos, fantasías, gestadas en la interrelación del niño con su medio. No sería un movimiento único y unidireccional entre el niño y los padres, sino un movimiento múltiple, donde cada uno de los pasos va determinando el siguiente y, a su vez, se revierte sobre los anteriores y se enlaza con todos los demás. No (solo) secuencia cronológica, sobre todo interrelación dinámica» (Gil, 1995: 40).

Este movimiento es fruto de una expansión narcisista y culmina con la constitución del yo-persona, es decir, la capacidad propia del ser humano de denominarse a sí mismo mediante el pronombre personal *yo*. Este yo-persona es aquella parte del yo-instancia en la cual me reconozco, con la cual me identifico.³

Antes de introducirnos en el análisis del mito de Narciso tal como lo relata Ovidio, comenzaremos por ciertos conceptos de Plotino en los que encontré lo que ha pasado inadvertido en la concepción corriente del narcisismo y que yo creí descubrir leyendo al Narciso de Ovidio.

3 Remito al lector a mi texto «El yo y la identificación primaria» para ver los distintos momentos y elementos que constituyen esta redefinición de la identificación primaria y su interrelación con la identificación secundaria. Publicado en *El yo herido*, Montevideo: Trilce, 1995.

Para Plotino todo comienza en el Uno. Este Uno se contempla y de esta autocontemplación nace, por un movimiento de procesión o emanación, todo lo que existe. La primera hipóstasis genera la inteligencia, en que se manifiesta el Uno que se expresa en las Ideas. Estas están en contemplación permanente del Uno. La segunda hipóstasis da origen al Alma del Universo, y luego a las almas concretas (astros, planetas, etc.). De la contemplación del Uno por las almas nace una nueva hipóstasis: la Naturaleza con sus cuerpos animados e inanimados. Estos solo captan reflejos tenues de la luz espiritual, ya que la Materia (que es el Mal) no solo entorpece la contemplación del Uno, sino que engaña al dejarse cautivar por el cuerpo, espejo de la materia. La materia separa las almas en entidades discretas pero, además, el alma fascinada y capturada por el espejo del cuerpo pierde la posibilidad de contemplar a través de la hipóstasis intermediaria al Uno.⁴

Es interesante señalar que en Plotino la observación por el alma de su interioridad, el narcisismo especulativo, permite descubrir la inteligencia radiante y al Uno que refleja.

El peligro radica no en el narcisismo especulativo sino en el especular, en que el alma no cumple su interioridad, sino que queda atrapada por la Materia (el cuerpo).⁵

El Uno plotiniano encierra una paradoja, ya que el alma humana cuando se autocontempla se interioriza (pero esta autocontemplación no es autosatisfacción ni autosuficiencia), y al hacerlo vuelve y encuentra su fuente, es decir, al Otro que es el Uno, con lo cual el Uno no está en uno sino en el Otro. ¿Cómo superar esta paradoja y esta aporía? Si el alma encuentra al Uno es que el Uno es Otro y esto solo es posible desde la falta.

- 4 La idea de procesión o emanación dice de una superabundancia del Uno que lo hará ser otros, las hipóstasis están allí para que el Uno se sienta contemplado (vuelvan al Uno). Es como el dios de la creación, y coincide, también, aunque en lenguaje metafísico, con la idea freudiana expresada metapsicológicamente del movimiento de la libido del yo (narcisismo) y la libido de objeto.
- 5 Esta posición de Plotino se entronca con el gran movimiento de interiorización que recibe el nombre de Alma, que comenzó en Grecia, y con el pensamiento judío; es una de las características de Occidente. Véase: Gil, D.: «San Pablo: el cuerpo y el espíritu». Publicado en *Escritos sobre locura y cultura*. Montevideo: Trilce, 2007.

Esta situación, para Plotino, se «supera» (se desmiente) con la fusión en el Uno, y es el cuerpo (la materialidad) lo que pone trabas a esta ilusión.

Si el retorno al Uno es la desaparición de la diferencia y de la alteridad, el drama de Narciso es que se pierde en el otro, su cuerpo. Pero ni en uno ni en otro caso se rebela el sujeto apropiándose de la alteridad.

Narciso sufre de una ilusión óptica: «el alma intrépida solo se inclina porque ignora que este cuerpo al que está sometida no es otro que su propio reflejo en el espejo de la materia» (Alliez y Feher, 1991).

Para analizar el mito comenzaré no con Narciso sino con otro personaje que a veces se olvida, capturado por la imagen visual de Narciso. Me refiero a la ninfa Eco.

Abordaré el mito por ese su espejo sonoro que es la ninfa Eco. Eco no puede callar, pero tampoco aprendió a hablar, repite los sonidos. En aquel momento «tenía cuerpo, todavía no era solo una voz». Cuando ve a Narciso se enamora de él pero no se atreve a acercarse porque no podía dar comienzo a ninguna conversación, pero «ella está dispuesta a esperar los sonidos, a los que contestará con sus palabras». Va repitiendo así, en eco, las palabras de Narciso hasta que este le dice: «aquí, unámonos», ella repite (re-pide) «unámonos», y cuando se va a arrojar a los brazos de Narciso él huye diciendo: «retira esos brazos que me enlazan, antes moriré que entregarme a ti». Ella solo dice «entregarme a ti».

Pero el amor se le adhiere a las entrañas y crece con el dolor de haber sido rechazada, inquietantes insomnios extenúan su cuerpo digno de compasión, la delgadez arruga su piel y la savia de su cuerpo se desvanece o evapora en los aires.

Tan solo quedan la voz y los huesos: la voz permanece y se dice que sus huesos tomaron forma de piedras. Desde entonces está oculta en los bosques y no se la ve en monte alguno, pero todos la oyen. Hay un sonido que vive en ella o ella vive en el sonido, o ella es solo sonido.

Otras ninfas, también burladas por Narciso, claman venganza: «que llegue a amar de este modo y que jamás goce de ser amado».

La venganza se cumple el día en que Narciso ve «su» imagen en «un cristalino manantial donde al desear calmar la sed, creció otra sed».

Mientras bebe sorprendido por la belleza que contempla ama una esperanza sin cuerpo; cree que es un cuerpo lo que es agua, se extasía de sí mismo; queda inmóvil, el rostro impassible semejante a una estatua tallada en mármol de Pados.

Besa en vano la fuente, sumerge los brazos en el agua para abrazar el cuello.

No sabe qué ve, pero lo que ve le consume y el mismo error que le engaña le excita. Crédulo, ¿por qué tratas de coger en vano tu fugaz imagen?... Esta que ves es la sombra de tu imagen reflejada, nada de sí misma tiene esa figura; viene y se va contigo; contigo se marchará si puedes marcharte.

Pero Narciso nada sabe de todo esto y dice:

¿Por ventura ¡oh!, selvas alguno ha amado con más triste crueldad? Me encanta y le veo pero no encuentro, sin embargo, lo que veo y me encanta; tan grande es el error que se apodera de mi amor. Y para que sea mayor mi dolor, ni lo separa un dilatado mar, ni un camino, ni los montes, ni una muralla con sus puertas cerradas; un poco de agua nos separa. El mismo desea ser poseído, pero cuantas veces nos besamos en las nítidas aguas, otras tantas intenta hacerlo levantando hacia mí su boca. Diríase que puedo tocarlo... Diríase que puedo tocarlo... Quien quiera que seas sal fuera; ¿por qué, joven sin igual, me engañas?, ¿a dónde vas cuando te busco?... no sé qué esperanza me infundes y prometes con tu rostro amigo; cuando yo alargo mis brazos hacia ti tú los extiendes también; aunque yo te sonrío, tú sonrías. También a menudo, he notado tus lágrimas cuando yo lloraba; también, con una indicación de cabeza respondes a mis señas y, por lo que puedo sospechar por el movimiento de tu hermosa boca, tú me diriges palabras que no llegan a mis oídos.

En todo este fragmento es claro que Narciso no se ve a sí, ve a otro. Recién ahora dice:

Yo soy ese; me he dado cuenta y mi imagen no me engaña; me abrazo en el amor de mí mismo y agito y llevo ese fuego.

Ese preciso momento, en el que Narciso dijera «soy ese», en el que supiera que era ese, sería el de su muerte, tal como lo había augurado Tiresias. Tal vez podríamos interpretar esto como que la identidad total, la identidad sin alteridad, es la muerte, y la alteridad sin identidad es la locura.

Pero aun cuando dice «soy ese», lo hace desde una alteridad con su cuerpo no superada: «¡Ojalá pudiera separarme de mi cuerpo! Deseo jamás visto en un amante, desearía que estuviese ausente lo que amo... Quisiera que este que amo fuese más duradero que yo mismo».

Aunque sabe que es él, (se) quiere como a otro:

¿A dónde huyes?, quédate y no me abandones, cruel, porque te amo;
séame permitido contemplar lo que no puedo tocar y alimentar a mi
desdichado delirio.

Consumido en este amor imposible solo quedan como testimonio la flor y la desventurada exclamación «¡Adiós!» que persiste en la voz de Eco.

¿A quién ama el pobre Narciso si no a otro? Solo en un fugaz momento logra saber que esa imagen es él, para inmediatamente sumergirse en el delirio del amor hacia otro. Narciso vive en medio de espejos, espejos de imágenes visuales y sonoras, en uno y otro caso siempre es otro el que está presente.⁶

Estamos en total acuerdo con Clement Rosset, quien dice: «Es por lo que la asunción jubilosa de sí mismo, la presencia verdadera de sí a sí, implica necesariamente la renuncia al espectáculo de su propia imagen, pues la imagen, aquí, imita el modelo. Y es este, en el fondo, el error mortal del narcisismo, no el de amarse a sí mismo con exceso, sino al contrario, en el momento de elegir entre sí mismo y su doble, dar preferencia a la imagen. *El narcisista sufre de no amarse: no ama más que a su representación.*»

6 El concepto de sincronías que nos aportaron Bernardi, Díaz y Schkolnik nos obliga a completar el concepto del estadio del espejo. Así como Lacan lo había establecido entre los seis y los dieciocho meses y se refería a una imagen visual, Winnicott lo hace retroceder aún más al introducir el concepto de la mirada en la función especular para la constitución del yo. Bernardi, Díaz y Schkolnik nos permiten enriquecer la especularidad agregando, mediante el concepto de sincronías, el movimiento (y el tiempo) y el sonido como imágenes especulares. Visto de esta manera, el concepto queda ampliado en el tiempo cronológico, en el espacio, y abarca tanto lo visual como lo auditivo.

Amarse con amor verdadero implica una indiferencia a todas sus copias, tales como pueden aparecer a los otros... *Tal el miserable secreto de Narciso: una atención exagerada al otro*» (Gil, 1994: 94). (Destacado de D. G.)

Como comenzamos a decir, el concepto de narcisismo, tal como lo establece Freud, parte de un malentendido capital: el de no comprender que Narciso en realidad ama a otro. Lo que sucedió fue que Freud construyó el concepto de narcisismo a partir de su teoría pulsional. El narcisismo primario, el inaugural, el que constituye un nuevo acto psíquico que genera una unidad relacionado con el yo, ese narcisismo es solamente un momento de unificación pulsional. La dinámica de la relación con el otro aparece cronológica y lógicamente como un segundo momento con la constitución del ideal del yo. No es que Freud desatendiera lo interhumano, aquí y allá aparecen en su obra invalorable índices de la importancia del otro,⁷ pero sin embargo no forman parte de la teoría, en todo caso el yo (en el «nuevo acto psíquico») no se construye dialécticamente en la relación con el otro. Más bien, si tuviéramos que aproximararlo a algún concepto, estaría próximo al yo fichteano, que es un yo que pone al mundo.⁸

En este sentido nosotros seguimos a Bajtín, quien sostiene: «Que el ser se torna un humano únicamente gracias a la acción ejercida por el prójimo, pero el mundo entero no es más aquello que él era desde el instante en que surgió la primera conciencia» (Todorov, 1981: 149).

Dice Bajtín: «Desde la aparición de la conciencia en el mundo (en el ser), y probablemente aun desde la aparición de la vida biológica en el mundo, el ser cambia radicalmente. La piedra permanece piedra, el sol permanece sol, pero el acontecimiento del ser en su totalidad (inacabable)

7 Utilizamos el concepto del otro en el sentido más próximo al lenguaje común, como el otro, que no soy yo, como el prójimo. No nos referimos al concepto lacaniano. En un texto que realizáramos con Myrta Casas de Pereda y Fanny Schkolnik pesquisamos distintos momentos y formas en que el otro aparece en la obra de Freud. Véase «Entre la repetición y la ausencia».

8 Se me podrá recordar con justeza lo que Freud habla en el «Proyecto...» sobre «el complejo del prójimo», también lo que nos dice en los Tres ensayos..., que la sexualidad es despertada por los cuidados maternos, también que el último reducto del narcisismo de los padres queda en los hijos, etc., pero insisto en que esto no es parte esencial de la teoría. Como pretendemos nosotros pensarla en este momento no hay yo sin el otro.

se torna enteramente otro, porque sobre la escena del ser terrestre entra por primera vez un personaje nuevo y decisivo del acontecimiento: el testigo y el juez. Y el sol, que permanece físicamente idéntico a sí mismo, se ha tornado otro por la toma de conciencia que de él ha tenido el testigo y el juez. Ha cesado de ser simplemente, ha comenzado a ser en sí y para sí (estas categorías aparecerán en ese momento por primera vez) y para otro, porque se ha reflejado en la conciencia de otro (testigo y juez): por ello se ha modificado radicalmente, se ha enriquecido, transformado» (ibíd.).

Toda la experiencia del espejo nos enseña —dice Bajtín— que el cuerpo no es algo autosuficiente.

«Tiene necesidad del otro, de su reconocimiento, de su actividad formadora... solo el otro hombre puede aparecer como siendo consustancial al mundo exterior. Pues uno no puede abrazar más que al otro, rodearlo totalmente, sentir amorosamente todos los límites [...] se puede hablar de la necesidad estética absoluta que tiene el hombre del otro, de esta actividad de otro que consiste en ver, retener, semejar y unificar, y que solo puede crear la personalidad exteriormente finita; si otro no la crea esta personalidad no existiría» (ibíd.).

Aunque no sea más que provisoriamente, el otro es necesario para cumplir la percepción de sí, que el hombre solo puede percibir parcialmente en el espejo. Cuando el hombre se ve desde el exterior, sin el otro, en esa soledad, «lo que llama la atención, en nuestra imagen externa, es una especie de singular vacío, su carácter fantasmático y su soledad algo siniestra» (ibíd: 147).

La no jerarquización del otro lleva a una ambigüedad no conciliable entre el concepto de la pulsión y el de deseo. La conceptualización freudiana del narcisismo paga tributo a la necesidad de Freud de hacer del psicoanálisis una ciencia de la naturaleza, de dar una explicación energética, con la cual queda desestimada la dialéctica del sujeto inmerso en la cultura.

Este error de perspectiva hizo que se viera a Narciso como amándose a sí mismo. Se pensó que Narciso tiene un exceso de narcisismo cuando en realidad tiene una falta de narcisización. Narciso no podía reconocerse porque no fue conocido, Eco no pudo hablar y solamente repetía, «hablaba», pero no tenía la palabra.⁹ Los fracasos en distintos momentos

9 El oráculo de Tiresias: «cuando se conozca no será», sería una forma velada de esto, ya que de descubrirlo se verá como no existente.

de la constitución de la identificación primaria son fallas narcisistas. La identificación primaria, el punto final de esta, la constitución de un yo-persona es retorno a sí desde la alteridad. ♦

Versión corregida y ampliada del trabajo publicado en
Temas de Psicoanálisis, n.º 2, APU, 1982.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Alliez, E. & Feher, M. (1991). Las reflexiones del alma. En Feher, M.; Naddaff, R. & Tazi, N. (eds.). *Fragments para una historia del cuerpo humano*. Segunda parte. Madrid: Taurus.
- Bernardi, R., Díaz, J., Schkolnik, F. (1980). Ritmos y sincronías en la relación temprana madre-hijo. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, n.º 61.
- Casas de Pereda, M., Gil, D., Schkolnik, F. (1980). Entre la repetición y la ausencia. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, n.º 60.
- Gil, D. (1994). *Antiguos crímenes*. Montevideo: Trilce.
- (1995). *El yo herido*. Montevideo: Trilce.
- (2007). *Escritos sobre locura y cultura*. Montevideo: Trilce.
- Gil, D. & Schkolnik, F. (1982). Algunas reflexiones sobre el yo en Schreber. *Jornadas de APU*.
- Ovidio (1973). *Metamorfosis*. Madrid: Bruguera.
- Plotino (1923). *Selección de las Enéadas*. México: Universidad Nacional de México.
- Rosset, C. (1976). *Le réel et son double*. París: Gallimard.
- Todorov, S. (1981). *Mikhail Bakhtine*. París: Ed. du Seuil.